

Foto: Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner, tras la derrota en las elecciones primarias.  
MAXIMILIANO LUNA (AFP)?

CON LA UNIDAD NO ALCANZA

Daniel Ricci

# CON LA UNIDAD NO ALCANZA

calet



Fotos: Los candidatos de Frente de Todos, Alberto Fernández y Cristina Kirchner - EFE

Encontrar las causas de los resultados desfavorables para el oficialismo del Frente de Todos y de la presidencia de Alberto Fernández en las elecciones legislativas del pasado 12 de septiembre en la Argentina, demandará un análisis profundo en el que prime la sinceridad y la predisposición para asumir errores.

En las semanas anteriores a los comicios en un amplio sector político se ponderaba, acompañada con elocuentes columnas de opinión en algunos medios de prensa, la necesidad de mantener unido al campo popular para derrotar a la derecha. Sin embargo, los resultados de esta elección pusieron de manifiesto que la unidad es una condición necesaria, pero no suficiente. La derrota del oficialismo pone en evidencia que la derecha opositora, aún sin controlar el Estado, domina una gran parte (¿o acaso la mayoría?) del poder económico, mediático y judicial.

Por ello es que los gobiernos nacionales y populares, progresistas o de izquierdas -o como sea que se auto referencien en cada uno de nuestros países las dirigencias que plantean la justicia social- afrontan serias dificultades a la hora de tomar decisiones y llevarlas a la práctica.

Sirva de ejemplo el caso argentino de la Ley de Medios (Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual), a través de la cual Cristina Kirchner, en su presidencia, buscó democratizar las normas que regían la distribución y el funcionamiento de las licencias de los medios radiales y televisivos, que fue, primero, "frenada" por la Justicia con el apoyo de un intenso lobby de los medios hegemónicos y, finalmente, derogada, vía un decreto, el primer día del gobierno de derecha neoliberal de Mauricio Macri.

Sucedió lo mismo cuando nuestro actual presidente intentó expropiar, por balances fraudulentos y vaciado de empresa, a Vicentin, una de las principales cerealeras del país. La justicia falló en contra nuevamente apoyada por el coro de lobbistas de los grupos concentrados de poder.

Podríamos seguir con muchos ejemplos similares en Latinoamérica y en el mundo.

En la Argentina la pandemia agravó una ya muy difícil situación económica heredada de los cuatro años de macrismo que intentaron restaurar los lineamientos del neoliberalismo. El endeudamiento público sin precedentes gestado durante este periodo, en conjunción con la pretensión de achicar el Estado, cuyas manifestaciones más flagrantes fueron la degradación al rango de secretaría de los ministerios Salud, Educación, Trabajo, Cultura y Ciencia y Tecnología, entre otros, crearon un contexto muy poco favorable para enfrentar esta coyuntura.

En contrapunto, al asumir el poder, el gobierno actual del país devolvió el estatus a esas carteras y creó dos más (la de Desarrollo Territorial y Hábitat y la de Mujeres, Géneros y Diversidad), y, ante la pandemia, priorizó la vida y la salud, buscando paliar la crisis con subsidios fiscales a trabajadores y empresas. Si bien la realidad nos muestra que no fue posible detener la caída económica, sí se lograron morigerar sus efectos devastadores.

Las recientes elecciones nos encontraron en un contexto complejo. La derecha en nuestro país viró en el discurso hacia retóricas más liberales, en donde los "libertarios" o los "anarcoliberales" se colocan en las antípodas del Estado, y contra él y contra los políticos, dirigen todas las críticas y depositan las culpas. De más está decir que, al negar la pandemia, denuestan cualquier medida sanitaria, social o económica que el Estado tome para afrontar la emergencia sanitaria y proteger la vida y la salud de las personas. Pregonan que el Estado es el enemigo de la vida.

En la campaña se llegó al límite del absurdo cuando un candidato a diputado en la Capital Federal, Javier Milei, planteó, en uno de sus shows y al borde del paroxismo, que el Estado debe desaparecer, y, ante la pregunta de un periodista sobre la necesidad del Estado para que existan veredas en las calles, planteó el absurdo de que cada vecino sea dueño de su vereda y cobre a los demás ciudadanos el transitar por la misma, generando una competencia entre quienes tengan en mejor estado su vereda y así la gente haga su recorrido por ésta.



Fotos: PASO 2021: El presidente de Argentina, Alberto Fernández, junto a la vicepresidenta Cristina Kirchner en una imagen del 24 de octubre del 2019. (Juan MABROMATA / AFF).

Los pobres ya no tendrían, en efecto, ni derecho a caminar. Acaso a ese candidato sólo le haya faltado un rato más frente a la cámara para proponer la privatización del aire, y el que no tenga dinero para comprarlo... En fin, se trata de la teoría del descarte en su máxima expresión.

Pero hay que aceptar que esos discursos pregnan (se fijan en la conciencia). Un porcentaje importante de ciudadanos excluidos que han perdido su trabajo o han visto reducir sus salarios y sus ingresos, se han volcado a votar propuestas de derechas que sostienen la eliminación total del Estado y de una clase política que serían los que no los dejan crecer.

En este contexto de ofensiva de la derecha, con el problema de la pandemia y la crisis económica y de deuda externa que generó la administración de Macri, nuestro gobierno no ha podido realizar las mejoras sociales y económicas necesarias para aliviar las condiciones de vida de los trabajadores, los sectores más humildes y los propios sectores medios de la sociedad.

Es cada vez más claro el problema de la falta de un horizonte de sentido en el que se vislumbre la superación de los problemas actuales y, a la vez, genere certezas sobre las condiciones potenciales para vivir mejor. Entiendo que estos últimos hechos son un llamado de atención a nuestro gobierno, donde se nos pide que "aceleremos" las medidas de recuperación económica.

A modo de ejemplo, cuando en el año 2015 Cristina Kirchner entregó el gobierno, el salario mínimo vital y móvil de nuestro país era el más alto de Latinoamérica, pero la gestión de Macri lo deterioró hasta convertirlo en uno de los más bajos y, hasta ahora, no se ha recuperado; aún representa la mitad de lo que una familia necesita para no ser pobre.

En nuestro país, con 40 millones de habitantes y una producción de alimentos para más de 400 millones de

personas, el Estado debe asistir con planes sociales la subsistencia básica de millones de ciudadanos argentinos. Pero subsistir no es vivir bien, todos sabemos que con eso no alcanza. Tenemos que generar las condiciones para redistribuir la riqueza y volver a ser una nación con pleno empleo, en la cual el trabajo vuelva a ser el articulador principal de la sociedad.

Este será el único camino para evitar el desencanto de gran parte de la población y la vuelta atrás a proyectos neoliberales. Ya sabemos que vienen a correr al Estado de la mediación entre capital y trabajo, a lograr que el mercado regule nuestras vidas, generando sólo consumidores y no ciudadanos, exclusivamente sujetos apáticos para con la política. Sabemos, por experiencia, que esos períodos sólo generan el empobrecimiento de la mayoría de la población y el engrosamiento de las arcas de unos pocos ricos.

Además de la unidad del campo popular, tenemos que contar con la audacia de desafiar a los poderes más concentrados de la riqueza -que siempre está apalancado por el poder mediático y judicial- y demostrar que existe otro modelo de sociedad; una más justa y con pleno empleo, con respeto por la diversidad y el medio ambiente, y en la que seamos ciudadanos integrales y no meros consumidores.

*Daniel Ricci*

